



Azorin

El testamento

Tres amigos salieron de Madrid y fueron a la Mancha; los tres estaban en plena juventud; el primero era médico, el segundo, abogado, y el tercero, poeta. Gozaba el poeta de cuantiosa fortuna; vivía en casa ricamente alhajada; pero él ocupaba dos o tres aposentos austeros. Cuando tomó posesión de su patrimonio, escribió lo siguiente en una reducida vitela: "No me causaría duelo la pérdida de la hacienda, ni me abatiría porque mis amigos me abandonaran. Hay dos piedras de toque para los humanos: la pobreza y la soledad. Quien tema a la soledad y tema a la pobreza, no será hombre". Metió este pergamino en una bolsita de seda y lo colocó en un bolsillo interior al lado del corazón. Había encargado al poeta a un aperador de Alcázar de San Juan una galera manchega; tenía la galera los adrales pintados de verde con vivos amarillos y el toldo pintado de azul con cenefa blanca.

Viajaban lentamente; llevaban a la zaga de la galera repuesto de vituallas y una corambre con vino claro de dos hojas. Galeras y carros no caminan, yendo al paso de las mulas, más de un kilómetro cada doce minutos. Se detenían los tres amigos a conversar con los yunteros en el surco; platicaban con los pastores, interrogaban a los viandantes, cogían manadas de flores silvestres.

-Las plantas que prefiero -decía el poeta- son las que crecen en las lindes y en los caminos; son plantas sin cuidados que se lo deben todo a ellas mismas; no tienen la presunción de las cultivadas en los jardines. Entre todas esas plantas espontáneas, mi predilecto es el jaramago con sus flores de amarillo claro; crece entre las piedras y en las ruinas; puede ser símbolo de lo pasado y representar nuestros deseos casi olvidados y nuestros recuerdos.

Aspiraban plenamente los tres amigos el aire libre del campo y posaban estáticos la mirada en el azul resplandeciente del cielo. A veces el poeta, ante una de estas paredes blanquísimas de las casas manchegas, recién cubiertas de cal, decía que él sentía deseos vehementes de escribir en ella, con letras grandes, un poema. El color, el sonido, el olfato y el tacto, daban pábulo al poeta para sus imaginaciones. El humo azulado en la mañana le extasiaba y el trino fugaz de una totovía que cruzaba rápida, le dejaba suspenso.

Llegaron a un pueblo y un hacendado les hospedó en su casa. Llevaban para él una carta de favor. Recorrieron el pueblo: las calles eran anchas y en las blancas fachadas aparecían angostas las ventanas. Como se gozaba de silencio en el pueblo, el tintineo de una recua, el tañido de una campana o el grito de un vendedor les hacían detenerse callados un instante; querían recoger en esos pormenores toda el alma del pueblo, del paisaje y de España. Diferían, deliberadamente, el momento para ellos conmovedor; con la espera voluntaria acrecían la emoción. Y como ya no podían demorarlo más, se detuvieron una tarde en la puerta de una casa; era aquella la última detención. Cuando iban a trasponer el portal ocurrieron tres cosas: dos cuervos cruzaron la calle casi al ras de los tejados; un perro ululó lastimosamente; en la casa se oyó un llanto. Los tres amigos, ya en el zaguán, entraron en la sala en que había varias personas y en que un hombre yacía en un lecho. Nadie extrañó la presencia de los forasteros. En los momentos de intenso dolor, nos embarga tal indiferencia, tal pasividad, tal desasimiento del mundo, que no nos causa nada sorpresa. Los tres amigos se sentaron en sendos sillones. El enfermo, tendido en la cama, hablaba con voz lenta y entrecortada: todos escuchaban enternecidos sus palabras. La conmoción del poeta le movió a hacer en su asiento algún amago de impaciencia. El médico, con la mano, calladamente, le hizo señas de que estuviese quieto. Se levantó luego y estuvo observando al doliente. Cuando volvió a sentarse el poeta le preguntó:

-¿Está cuerdo o está loco?

-Sí, está loco -contestó el doctor;- la fiebre le hace delirar; no sabe lo que dice.

-Ha renegado de todo -añadió en voz baja el poeta;- ha renegado de su vivir solitario y pobre por los caminos de su comer con sobriedad, de su nobleza, de su generosidad, de su amparo a los desvalidos, de su heroísmo.

-Ha hablado sin saber el valor de las palabras -agregó el médico.

Había entrado ya en la sala un hombre que, sentado ante una mesa, al lado de la cama, iba escribiendo el testamento del enfermo.

-Doctor -dijo el abogado- si desvaría el testador, el testamento es nulo.

-¡Evidentemente nulo! -exclamó vivamente y con voz sonora el poeta.

No pudo contenerse más: se levantó, dio dos pasos, desenvainó la espada, hoja toledana con puño de oro, y la puso de través en las fojas del escribano. Nadie osaba romper el silencio; no se movió nadie. Estuvo un instante la espada sobre los blancos papeles, como imponiendo la nulidad del testamento, y al cabo, el poeta la envainó otra vez y vino a sentarse donde antes. Seguía el silencio profundo: un galgo blanco se acercó al poeta y colocó la cabeza, cual muestra de asentamiento, en el muslo de su nuevo amigo. El poeta posó blandamente su mano en la fina cabeza del perro.

Azorín

ABC, 30 de junio de 1945

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

